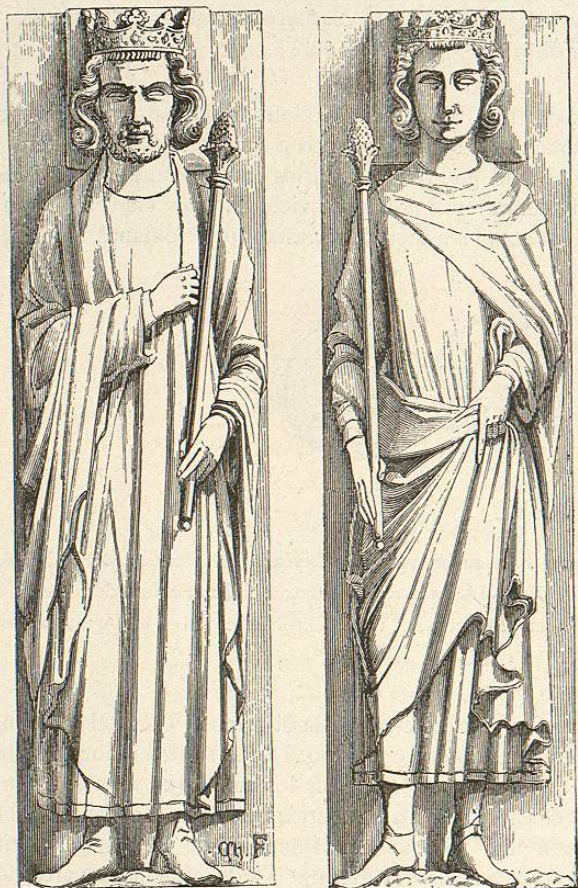


dencia, toda la Francia se vió nuevamente reunida en una sola mano, como lo había estado en tiempo de Carlomagno.

Pero las riendas del gobierno se escaparon de manos de Carlos apenas intentó empuñarlas. Mientras en el interior se alojaban por completo los lazos del orden, las fronteras quedaban indefensas ante los ataques de los bárbaros que estaban en acecho. Los triunfos que, en algunos puntos, coronaron la astuta y páfida política de Carlos, solo fueron momentáneos y sirvieron únicamente para salir de los mas apremiantes apuros. La situación gravísima creada por los normandos se fué aumentando de año en año. En Roma, el pontificado



Luis III

Carloman

Copia de las dos estatuas esculpidas en la losa que cubre su sepulcro comun, en la capilla de Nuestra Señora la Blanche, en Saint-Denis

consiguió mayor independencia por efecto de las concesiones que hizo el emperador á Adriano III con el fin de comprar de esta suerte el auxilio que de él esperaba para legitimar á su hijo natural Bernardo, á quien queria nombrar sucesor. La alianza del papa con su vecino Guido de Spoleto, dió al pontificado un poderoso protector, con cuyo apoyo pensaba librarse por completo de las pretensiones del emperador. Por mucho que este cambio de la política pontificia indignara á Carlos el Gordo, no pudo contestar con represalias, pues la mitad occidental de su reino corria riesgo de sucumbir ante un nuevo ataque de los normandos. En julio del año 885, estos, capitaneados por Sigifredo, renovaron sus ataques contra la Neustria, que se hallaba por completo aniquilada. Después del asalto del castillo de Pontoise, subieron por el Sena, en número de 40,000 hombres con 700 embarcaciones, dirigiéndose hácia Paris, y pusieron cerco á la ciudad. Esta se limitaba entonces á la isla del Sena, pero estaba unida por dos puentes con ambas orillas. El cerco fué motivado por no haberles permitido Paris que pasaran libremente por allí. La

guarnicion y los habitantes de la ciudad, dirigidos por el conde Odon de Paris y por el obispo Gauzlin, hicieron una heroica resistencia y consiguieron rechazar un asalto de dos dias intentado por el enemigo. El bloqueo en regla que entonces establecieron los normandos y que se prolongó durante todo el invierno, no produjo resultado alguno; así es que concentrando todas sus fuerzas, dieron á fines de enero del año 886 un nuevo asalto que apenas pudieron rechazar los sitiados. La situación de estos fué, desde entonces, agravándose por momentos; el dia 6 de febrero la corriente del rio, que habia tenido una gran crecida, arrastró uno de los puentes; la puerta de entrada, situada en la otra orilla, cayó después de una resistencia desesperada en poder de los sitiadores, los cuales se esparcieron desde su campamento por toda la comarca hasta el Loira llevando á todas partes el saqueo y el incendio. Un ejército alemán, conducido por el valiente conde Enrique, intentó auxiliar á los sitiados, pero sus esfuerzos fueron inútiles, pues los normandos se mantuvieron astutamente detrás de los baluartes de su fortificado campamento y los alemanes tuvieron que darse por muy satisfechos con hacer llegar algunos víveres á manos de los sitiados. Apenas se hubieron retirado los alemanes (fines de marzo) los normandos asaltaron de nuevo la ciudad, á cuyo objeto levantaron en la orilla izquierda del Sena un campamento bien fortificado. Las fuerzas de los defensores de Paris comenzaron á debilitarse: el conde Odon consiguió que una parte de aquellos piratas, mandada por Sigifredo, emprendiera la retirada á cambio de una considerable cantidad de dinero, pero el resto, que constituía el contingente principal, continuó las hostilidades. La guarnicion de la ciudad se desanimó mucho con la muerte del heroico obispo Gauzlin, acaecida el dia 16 de abril. Los sangrientos combates que diariamente tenian que sostener diezaban las filas de aquel puñado de defensores, y las enfermedades infecciosas, agravadas por la falta de víveres y por el íntimo contacto, comenzaban á dejar sentir sus terribles efectos; ya no se sabia dónde dar sepultura á los cadáveres de los que fallecian; los dias que quedaban de resistencia eran contados y los normandos se complacian en aumentar la desesperacion de los sitiados haciendo ostentacion de la confianza que en la victoria tenian. Súpose entonces que el emperador habia regresado de Italia: el conde Odon, para advertirle de la gravedad del peligro, que al parecer no debía parecerle tan inminente, y para exhortarle á que protegiera á la capital de su reino occidental, tan seriamente amenazada, se apresuró á atravesar la línea del enemigo y á dirigirse á la corte, de donde volvió al poco tiempo con algunos refuerzos, con los cuales pudo llegar hasta la ciudad sitiada, después de haber trabado sangriento combate con los sitiadores. Transcurrieron, á pesar de todo, muchas semanas sin que llegaran los ansiados refuerzos, y al cabo de ellas presentóse, en vez del emperador, un ejército alemán mandado por el conde Enrique. Este, con una gran parte de los suyos, tuvo un fin funesto, debido á la marcha que con tan poca prevision hizo sobre el campamento enemigo. Entonces los sitiadores redoblaron la furia de sus ataques, de suerte que los aniquilados defensores estaban ya á punto de sucumbir cuando en aquel momento el emperador, seguido de un formidable ejército formado con contingentes de ambas partes de su imperio, tomó posiciones en la falda del Montmartre, que dominaba todo el valle del Sena. Los normandos que allí se encontraban se retiraron á la orilla izquierda del rio, perseguidos por el emperador, que se preparó á sitiar al enemigo en su propio campamento. Pero, á pesar de que lo avanzado de la estación aconsejaba acabar cuanto antes las operaciones, Carlos, satisfecho de haber salvado la ciudad, procedió con su lentitud y falta de energía acostumbradas. Túvose enton-

ces noticia de que los normandos esperaban grandes refuerzos, habiéndose presentado de nuevo en la desembocadura del Sena el rey Sigifredo, que anteriormente se habia retirado. Al saberlo el pusilánime Carlos renunció á proseguir la lucha y comenzó, como en Aschloh, á entrar en negociaciones, cuyo ignominioso resultado fué un tratado, en virtud del cual los normandos, á cambio de no haber podido saquear á Paris, obtuvieron permiso para establecer sus cuarteles de invierno en la Gran Borgoña, provincia que aquellos calamitosos tiempos habian casi por completo respetado y que se encontraba floreciente y próspera. Además se les concedió la suma

de 700 libras de plata para que en la próxima primavera evacuaran el imperio. Ya puede imaginarse qué sentimientos se despertarían en aquellos héroes, que por espacio de un año y despreciando la muerte habian resistido los ataques de los bárbaros, al presenciar desde aquellas murallas, con tanta fortuna defendidas, cómo los normandos sacaban á tierra sus buques, daban la vuelta con ellos á la ciudad, los volvian al rio y subian por él para caer sedientos de botin sobre la Borgoña, que hasta entonces se habia visto libre de enemigos. ¡Cuán páfida se nos presenta la conducta del cobarde emperador si consideramos que se sirvió de los normandos para



Asalto por los normandos de una ciudad fortificada. Copia de una miniatura de un manuscrito anglo-sajon perteneciente al siglo IX.

castigar á los magnates de Borgoña, que en otro tiempo le habian desobedecido! El imperio se habia cubierto de infamia y de vergüenza y se encontraba deshonrado en manos de un egoista inepto, sin honor y sin conciencia. Casi puede creerse que aquel proceder, que bien merece el nombre de suicida, tuvo su castigo en la grave enfermedad que poco después atacó á Carlos el Gordo, que desde algunos años antes padecía de ataques epilépticos, y que acabó por completo con sus ya de por sí escasas fuerzas físicas y morales. El peso de la ignominia que sobre sí habia atraído pudo muy bien haber contribuido á esta postracion de sus facultades.

Los pueblos unidos bajo el cetro de Carlos se vieron entonces mas que nunca en el caso de invocar el derecho de defensa personal: si ellos mismos no se salvaban, la dinastía carolingia y el imperio caian en la mas completa ruina cubiertos de vergüenza y de infamia. Este era el sentimiento que predominaba entre los indignados contemporáneos, y las

razas alemanas fueron las que primero lo manifestaron por medio de un acto de valor. Mientras Carlos, convencido de que se acercaba su fin, redoblaba sus esfuerzos para asegurar la sucesion á su hijo natural, Bernardo, y reñía por esta causa con su canciller, el influyente obispo Liutwardo de Vercelli, hasta el punto de tener este que huir de la corte y refugiarse en los territorios de Arnulfo de Carintia, produjose en el reino oriental, sin que sepamos los detalles del suceso, un movimiento que aumentó rápidamente y cuyo objeto era la destitucion del indigno soberano ó quizás mas bien el nombramiento de un buen sucesor para la vacante del trono, que no podia hacerse esperar. Las razas germánicas, al proceder así, se fundaban en el antiguo uso de su pueblo, pues todavia se conservaba la idea jurídica, inseparable de la esencia de la monarquía germánica, de que el derecho hereditario de la familia real implicaba la condicion de su capacidad y de que, por consiguiente, no solo la extincion de la familia reinante



sino también la incapacidad notoria de su representante daban al pueblo el derecho de buscar quien lo reemplazara, primero entre los individuos de la misma familia y después en otra, cuando no se encontrara en aquella quien reuniera las debidas condiciones (1). El mismo título de derecho, en virtud del cual fueron en otro tiempo elevados al trono los carolingios, fué invocado entonces contra el último representante legítimo de la línea germánica de aquella dinastía. En la tan funesta ley de sucesión del año 817 ya se concedía al pueblo, para el caso de que Lotario muriera sin hijos, el derecho de nombrar en su lugar á uno de sus hermanos menores. En este principio se encontró la salvación tan necesaria para el imperio y á su sombra se realizó una revolución

salvadora, cuyos detalles no se conocen á punto fijo. Así, por ejemplo, ignórase si Carlos el Gordo fué formal y expresamente destituido y si el elegido para sucederle lo fué por un acto de elección especial. Parece que la revolución, exigida por lo extraordinario de las circunstancias, se realizó sin estas formalidades y hasta cierto punto instintivamente, como instintivamente se volvieron todas las miradas hacia Arnulfo de Carintia, tenido por el hombre mas propio para atajar la ruina y robustecer el orden en el imperio. Pudo muy bien suceder que el obispo Liutwardo, después de romper con el emperador, influyera en este sentido; y por otra parte, la circunstancia de haber este prelado buscado un refugio en los territorios de la Carintia confirma mas y mas la idea de



Ataque de una ciudad por los normandos. Copia de una miniatura de un manuscrito anglo-sajon perteneciente al siglo IX.

que Arnulfo era ya entonces considerado como el hombre del porvenir.

En el mismo tiempo en que el emperador Carlos, presa de consunción lenta, agotaba inútilmente sus esfuerzos para asegurar la sucesión de Bernardo, estalló la sublevación en las comarcas fronterizas orientales. Arnulfo de Carintia, al frente de sus ejércitos, emprendió la marcha hacia el Oeste: en ninguna parte se levantó un hombre en favor de Carlos, ninguno de los magnates respondió á la invitación que el emperador les dirigió para que se reunieran en Tribur. Vana fué también la tentativa que hizo Carlos para detener á Arnulfo en su marcha apelando á las instancias de Liutberto, obispo de Maguncia, y á las súplicas del mismo Bernardo. Existía una necesidad política y nacional que no permitía mostrarse clemente con una incapacidad peligrosa. En noviembre del año 887 recibió Arnulfo en Francfort el homenaje de los bávaros, francos, sajones y turingios; Carlos se vió abandonado hasta por los suabos, cuyo territorio había considerado como el verdadero fundamento de su poder; y únicamente los loreneses se mantuvieron en actitud expectante, que solo podía ser en definitiva favorable al reino occidental, nunca al emperador. Desapareció, pues, toda

posibilidad de resistencia y Carlos tuvo que reconocer los hechos consumados. Arnulfo cuidó de su subsistencia, concediéndole algunos territorios en Suabia; pero pronto el hado libertó al destronado emperador de su existencia miserable, pues en 13 de enero del año 888 falleció en Neidingen sobre el Danubio, siendo enterrado en la iglesia del convento de Reichenau, isla del lago de Constanza.

La revolución del año 887 fué mas decisiva que todas las divisiones anteriores en lo que toca á la separación entre las dos mitades oriental y occidental del imperio. Las razas del reino oriental, originariamente unidas por decirlo así casualmente, una vez convencidas de su afinidad interna y de su cohesión nacional, se unieron también fuertemente bajo el punto de vista político, sin cuidarse de la independencia de algunas tribus aisladas; y atendiendo á su afinidad de costumbres, lengua, derecho y sistema político, se presentaron con caracteres independientes frente del reino occidental, que tan distintas condiciones mostraba. En este sucedía todo lo contrario, pues de la gran comunidad de los francos romanos occidentales se destacaban algunos grupos numerosos que tenían un modo de ser especial y cada uno de los cuales quería tener su constitución política propia. En el extremo Occidente, la semi-céltica Bretaña había sido siempre una posesión insegura; la Aquitania había adquirido, desde los

(1) Waitz: *Historia constitucional alemana*, V, pág. 25.

tiempos de Carlomagno, una situación independiente, y á causa de las tormentas de las últimas décadas no estaba muy sólidamente sujeta por los lazos que mantenían su unión con el imperio. El centro del reino occidental, entre el Sena y el Marne, se separaba territorialmente de igual manera, pues en la lucha con sus propias fuerzas sostenida contra los normandos habíase despertado allí el sentimiento de la propia dignidad. La Lorena y la Borgoña meridional estaban también perdidas para el imperio, y en cuanto á la parte septentrional de la Borgoña, no era seguramente un medio de robustecer los lazos que la unían con el imperio el que había empleado Carlos el Gordo entregándola á la rapacidad de los normandos en castigo de la desobediencia de sus magnates. La monarquía se encontraba completamente desarmada ante la ruina que se iniciaba, pues el desenvolvimiento del sistema feudal le había arrebatado casi por completo la facultad de disponer del país y de la gente, concentrando la fuerza militar y la influencia política en manos de unos pocos magnates y haciendo desaparecer poco menos que enteramente la clase de los plebeyos libres. Con la caída del emperador Carlos rompióse el último freno que en cierto modo había contenido este movimiento y comenzó inmediatamente la desmembración del reino de Occidente. En efecto, también en este se consideró el trono vacante y se invocó el derecho que ya habían hecho valer los alemanes. Los magnates franco-occidentales, prescindiendo de los derechos del último vástago de la dinastía carolingia del reino del Oeste, Carlos, hijo de Luis II, habido en el segundo matrimonio de este, eligieron rey al héroe de la defensa de Paris, el conde Odon, el cual si bien parecía apto para conservar su soberanía, tuvo que entrar, al poco tiempo, en incesantes é infructuosas luchas con los levantiscos magnates. La Provenza, que á la muerte del rey Boson y regida por el hijo de este, Luis, menor de edad todavía, había tenido que inclinarse ante la sombra de autoridad del emperador Carlos, fué teatro de sangrientas luchas que rompieron por completo la antigua cohesión y dieron origen á un reino independiente; la Alta Borgoña, su provincia fronteriza, tuvo un rey en el conde Rodulfo, descendiente de la antigua familia de los Guelfos, cuyos dominios llegaron á comprender la Suiza occidental y después el Franco-Condado. En Aquitania, el conde Rannulfo luchaba por conquistar igual posición, aunque aparentando sumisión á la soberanía feudal de Odon de Paris. Los bretones también tuvieron un rey nacional en el valiente y afortunado caudillo Alan. De esta suerte, el reino occidental quedó dividido en cinco pequeños Estados, entre los cuales no existía casi lazo alguno de unión, y la parte de Lorena que le pertenecía estaba á punto de aliarse con el vecino territorio alemán de igual nombre, haciéndose independiente y conquistándose una situación especial como tercera potencia entre los dos reinos, á la sazón separados. Esta evolución

selló la futura impotencia del reino occidental y aseguró al oriental, por mas que hubo de pasar por grandes crisis, la preponderancia y la dirección para lo porvenir, que no sin cierta desconsiderada violencia había obtenido Luis el Germánico por medio del tratado de Meersen.

El mismo antagonismo que vemos entre el desenvolvimiento del reino franco-oriental, que tendía á la unión, y el del occidental, que se iba fraccionando, se advierte en la relación del primero respecto de Italia. También en Italia la revolución política se inspiraba en la oposición á la unidad del imperio, respecto de la cual la misma Iglesia había cambiado de opinión. En la Lombardia se apelaba únicamente á las tradiciones de los antiguos tiempos, que fácilmente podían ser puestas en práctica dada la poca variación que el estado de cosas había sufrido. Con la elección de Carloman (876) se había dado un paso decisivo en este sentido. Los magnates lombardos se apoderaron también en esta época de los futuros destinos de su país y en una asamblea celebrada en Pavía eligieron rey al marqués Berenguer de Friul, hombre inmensamente rico, dotado de excelentes condiciones como militar y que por su madre era descendiente de Ludovico Pio. Sin embargo, no consiguió Berenguer sostener su soberanía en todos los territorios del reino que le había sido entregado, pues se levantaron Guido, el marqués de Spoleto y el conde de Camerino, á quien el papa había adoptado por hijo y de quien pensaba hacer el defensor de la Iglesia y de su independencia contra las pretensiones mismas de los carolingios. El conde de Camerino era un aventurero que había luchado, en el Sur, contra los griegos y los sarracenos é intentado después, aunque inútilmente, arrebatarse la corona de Neustria á Odon de Paris. Con el apoyo de los francos pudo someter la parte occidental de la Alta Italia, y en 891 recibió de su protector, el papa Esteban, la corona imperial, aunque no pudo ejercer los derechos á ella anejos.

Así, pues, el destronamiento y la muerte de Carlos el Gordo destruyeron completamente los lazos que habían mantenido unidos á los pueblos y territorios agrupados en otro tiempo bajo el cetro de Carlomagno. Estos se nos presentan ya formando tres grupos especiales: la Italia por un lado y por otro el reino occidental, fraccionados, destrozados por continuas luchas intestinas, é impotentes frente de los enemigos extranjeros; y últimamente las razas alemanas, que á pesar de las diferencias entre ellas existentes, se habían penetrado bien de su comunidad de intereses y de su cohesión, entrando, por tanto, en la senda de la unidad nacional. De aquí su superioridad sobre sus vecinos del Este y del Sur, á consecuencia de la cual y en fuerza de su natural preponderancia fueron luego el centro del general desenvolvimiento.

De estas circunstancias nació la situación que, en lo sucesivo, lograron alcanzar los alemanes.